

«Dicen los autores del *Diccionario* que este príncipe (Ludovico VII) tomó tal divisa por la alusión de la voz *lis* al nombre Luis, y porque le llamaban *Ludovicus Floridus*». Feijóo. (*Teatro crítico universal*).

«...allí se da razón de quién es el autor, de cómo se ha hecho la comedia, de por qué la ha hecho, de que tiene varias alusiones sumamente picantes...» Larra (*Una primera representación*).

«...¿con que resulta ahora que tenemos duendes? Lo que es brujas, ya sabía que las había—dijo el socarrón del Alcalde, encarándose con algunas viejas que había en el corro.—Tú sí que eres el brujo, y tu mujer la bruja, y tu hija la... Dios me perdone—dijo por lo bajo una de las aludidas». Manuel Juan Diana. (*El rostro y la condición*).

«Entonces hizo un pomposo elogio de las sevillanas en general con claras alusiones a las dos que iban delante y que por tales tenía». Valera. (*Pasarse de listo*).

«Estas y otras alusiones aún más veladas, en los billetes del Presidente Pazos a Felipe II». G. Marañón. (*Antonio Pérez*).

«Lo de que no era de buena casta aludía, ciertamente, a su posible origen judío». *Ibidem*.

«Desde luego, los Diputados achacaban a Ministros de vuestra majestad el intento, aludiendo a Chinchón». *Ib.*

«En cambio se cuenta de un fraile victorio que desempeñaba el cargo de censor, y que falto de criterio, no admitía la frase *aborrezco la victoria* por sospechas de que pudiera aludir a su convento». Ángel R. Chaves. (Nota a *El día de fiesta*, de Zabaleta).

«Encontramos, es cierto, en sus superficies, alusiones a algo que yace dentro de ellas; pero este dentro no puede nunca salir afuera y hacerse patente en la misma forma que los haces del objeto». Ortega y Gasset. (*Meditaciones del Quijote*).

«Además practica la pedagogía de la alusión, única pedagogía delicada y profunda. Quien quiera enseñarnos una verdad, que no nos la diga; simplemente que aluda a ella con un breve gesto, gesto que inicie en el aire una ideal trayectoria, deslizándonos por la cual lleguemos nosotros mismos hasta los pies de la nueva verdad». *Ibidem*.

Observe el conspicuo lector cómo del empleo y alcance que el autor de *La rebelión de las masas* da a las voces *alusión* y *aludir* resulta magistralmente confirmado cuanto queda dicho respecto de ambas palabras.

Lector:

No me nombras si me aludes;
no me aludes si me nombras;
solo a los deliberantes
les consienten tales cosas.

Por cierto, ya que venimos velando por la pureza del lenguaje, que la labor de los locutores de la Radio de Cáceres, sería del todo

irreprochable, si en la sección de discos solicitados se sustituyese el régimen del verbo *dedicar*, o más concretamente, de su participio pasivo, esto es, que en vez de decirse «dedicado *para*», se dijese «dedicado a»... Este verbo no admite la preposición *para*, y sí, en cambio, la preposición *a*, sola o embebida en el artículo contracto *al*. Así estará bien dicho; «dedicado a Fulanito de Tal», o bien «dedicarse durante varias horas al examen de este o aquel asunto».

Al hacer esta observación a la Radio de Cáceres, solo nos mueve el deseo de verla salir airosa y triunfante de todos sus cometidos.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

EL AMOR VINO HASTA MI

Como una débil barquita
perdida en mares revueltos,
voy sola por un camino
que a todos parece yerto.

El amor vino hasta mí,
pero vestido de negro,
que enlutó mi corazón
de frialdad y de silencio.

Se me va... de entre las manos
aunque no del pensamiento.
He de seguir caminando
por el caminito yerto.

Y voy tan sola en la tarde
desde lejos, desde lejos...
que no se si voy llegando
ó me alejo más del puerto.

Pero no, que aun solitaria
y expuesta a todos los vientos;
un solo faro me guía
que es la luz de su recuerdo.

Y al acercase la noche
cautelosa en su misterio,
pienso que no voy tan sola
que me acompañan... mis sueños.

MARIA BLASCO